



FIDELIDAD MACARENA

ENTREVISTA A D. PEDRO MUÑOZ GONZÁLEZ, HERMANO N.º 1

Manuel Cantalapiedra y Francisco J. Ramos

En estos tiempos de COVID resulta una gran fortuna entrar en contacto con el hermano n.º 1 de la Hermandad con objeto de reflejar, en esta publicación, sus vivencias y dejar constancia de su gratitud a Dios por vivir tantos años. Decir que D. Pedro Muñoz González es un prodigio quizás sea quedarse corto. Nadie podría pensar que la edad que tiene corresponda con la vitalidad, humanidad y entusiasmo en el sentir y el pensar que despliega. Encontrar la fórmula para transmitir estas características personales sería un gran logro en sí misma, pero además conseguirlo para tenerlas a la edad de D. Pedro sería un avance difícilmente superable.

En razón a la situación sanitaria actual, estas letras son producto de una entrevista cuyas preguntas fueron remitidas previamente, así como de una entrañable reunión celebrada en el Real Círculo de Labradores de la calle Sierpes donde fueron tomadas las fotos. D. Pedro, que portaba un precioso escudo de la Hermandad en la solapa de su chaqueta, aportó en esta cita otras circunstancias y anécdotas a las anteriormente remitidas. Le damos las gracias por su disposición a atender la solicitud de incorporar este artículo a este número de *Esperanza Nuestra*, al igual que a su hija D.^a Lola Muñoz Ochoa por su colaboración.

Sevillano de intramuros, Doctor por la antigua Facultad de Ciencias de la Universidad de Sevilla con Premio Extraordinario, y, además, Licenciado en Farmacia y Arquitectura Técnica, aunque no se ve como empollón. Docente vocacional siendo Catedrático de Física en la Universidad de nuestra ciudad, y Académico de Medicina y Cirugía de Sevilla donde gran número de los pertenecientes han sido alumnos suyos, también trabajó en la primera farmacia montada en Gelves. Apasionado de la Semana Santa y de sus hermandades, “nunca he vivido otra Semana Santa más que la de Sevilla”, ha sido Hermano Mayor de La Lanzada donde también encabeza la nómina y es hermano de dos cifras de varias hermandades más.

Hombre de profunda creencia comenta como “todos los caminos con fe conducen a Dios”, sintiéndose orgulloso de haber nacido en la tierra de María Santísima, y de las enseñanzas que le dieron desde niño a rezar y a querer a la Madre de Dios, en sus distintas advocaciones, inclinándose por la Esperanza.

Nuestro n.º1 nació en la plaza de Zurbarán de Sevilla el día que la Virgen de la Esperanza vestía de luto por la muerte de José Gómez Ortega “Gallito”, un 30 de mayo de 1920, para antes de cumplir un



“...Llegar a esta posición en una hermandad tan multitudinaria como la nuestra representa un honor...”

año, trasladarse al n.º 5 de la calle Jerónimo Hernández, donde su padre abrió un almacén de chacinas. En esta casa nacieron todos sus hermanos y vivió hasta el año 1953 al casarse con D.ª Carmen Ochoa Jiménez, teniendo una hija, D.ª Lola Muñoz Ochoa. Relativo a las relaciones familiares D. Pedro comenta que, en otros, tiempos, tuvo la ilusión de verse acompañado en la estación de penitencia por un hijo, hecho que se cumplió al salir de nazareno junto a su hija. Sin embargo “nunca pudo ir al Rocío con la Hermandad de Gines” comenta su hija.

Sobre cómo conoció el hecho de encabezar la lista de hermanos D. Pedro refiere, “en julio del 2017 recibí una comunicación de la Hermandad diciéndome que, por fallecimiento de la hermana n.º 1, yo pasaba a serlo. Llegar a esta posición en una hermandad tan multitudinaria como la nuestra representa un honor, aunque no un mérito ya que lo soy gracias a que el Señor me ha dado tantos años de vida.”

Con la experiencia que supone haber vivido los cambios de Sevilla de forma directa D. Pedro pone de relieve la transformación que vino a suponer la celebración de la Exposición Iberoamericana de 1929, “que significó su conversión en una ciudad cuando antes no pasaba de ser un pueblo grande”. También llama la atención sobre el ambiente que tenía el centro de Sevilla en comparación con los barrios de nueva construcción, a diferencia de lo que ocurre en la actualidad. Sobre el centro destaca que el cambio más radical que ha sufrido ha sido el trato dado al edificio del Mercado de la Encarnación “que podría haberse conservado”, recordando su ambiente y las ocho puertas que tenía, cuatro nombradas por los puntos cardinales que indicaban y las otras dedicadas a dioses romanos.

En cuanto a la vida de las hermandades en otras épocas hace constar su carácter familiar, y como los más allegados a ellas debían apoyarlas económicamente para su sustento “las ayudas públicas eran muy escasas, dándose el caso de imponerse reducciones de las subvenciones por circunstancias como llevar a la salida los cirios apagados o un reducido número



de nazarenos". A propósito de esto recuerda como la Hermandad de la Macarena realizaba durante la Cuaresma cuestionamientos en los mercados de la Feria y la Encarnación con el fin de recabar emolumentos para sufragar la cofradía, "eran economías de otra época".

En su infancia lo que más le atraía de la Hermandad eran los armaos y esta atracción infantil fue el origen de su devoción por los Titulares. Detrás de la centuria salió el primer año que hizo estación de penitencia, vistiendo hábito nazareno del paso de Cristo. Un tío de D. Pedro, que lo apuntó como hermano teniendo 6 o 7 años, era diputado del primer tramo de palio y lo colocó en la primera pareja cerca de él, desde esa posición

pudo disfrutar de su ilusión de ir con ellos. Cuando se hizo hermano llevaba la Hermandad, como Delegado de la Autoridad Eclesiástica, el P. Domingo Martínez con el que, años después, mantuvo una estrecha relación. Su última estación de penitencia con la cofradía fue en la Semana Santa del año 2001, año que cumplía las bodas de platino, portando el cirio verde número 1 y situándose delante del estandarte. Sin embargo, no ha sido la última vez que ha disfrutado de la cofradía, sobre lo que se hará referencia después.

En su resuelta conversación evoca la Semana Santa de 1938 cuando se encontraba haciendo el Servicio Militar en el Hospital General de Sevilla. Estando allí vivió como soldado la lle-

gada de la cofradía en la mañana del Viernes Santo, al ser convocado todo el personal por el Director del Hospital, D. Francisco Blázquez Bores, que, a su vez, era Hermano Mayor de la Hermandad en aquellos tiempos. Llegado el Domingo de Ramos formó parte del acompañamiento de regreso a la Iglesia de la Anunciación.

Un vivo recuerdo que guarda fue el sentimiento de sorpresa al conocer que el inmueble de la calle Orfila, donde guardaba el carro y el mulo que su padre utilizaba para el reparto, había sido el mismo en el que estuvo resguardada la Virgen de la Esperanza durante los tiempos convulsos de 1936. Asimismo, viene a su memoria los almuerzos de Hermandad a los que acompañaba a su tío y como, afanosamente, hablaban los hermanos de la Coronación de la Stma. Virgen y como algunos “querían que fuera en Roma” y otros veían que “al Papa le podía dar un infarto al verla llegar”.

Un hecho mucho más reciente es una de las experiencias personales que más

“...con solo oír el nombre de mi Virgen, hizo que me diera fuerzas para afrontar la operación y mi posterior y satisfactoria recuperación”.

le han calado, fue en 2010, con 90 años de edad, la última vez que se vistió de nazareno. “Tuve el honor de ir a la Basílica de la Macarena a pedir la Venia, con la túnica del Gran Poder. Este acto quedó tan grabado en mi alma y en mi corazón que todavía lo recuerdo como si hubiera sido ayer”. Refiere que “por uno de aquellos gestos de caballerosidad que distinguen y son de lo mejor de la Semana Santa de Sevilla, un miembro de Junta me cedió su puesto en la diputación de hermanos del Gran Poder”. Hace memoria de cómo se marchó de las sillas de la calle Sierpes temprano y nervioso “sin ver al Señor de Pasión”, de la algarabía por la Resolana y del silencio de respeto que la fila india de nazarenos negros, que comandaba el Teniente Hermano Mayor, levantaba su paso.

La evocación del momento lo hace vivirlo como si fuera un sueño, “la apertura de la puerta, deslumbrarte por el ascua de luz del palio y ver la Virgen de la Esperanza rodeada de angelitos, como en las estampas de los almanaques”, el tiempo se paró en esos instantes. La emoción



que impregnaba toda la Basílica, el barroquismo de la fórmula de petición de la venia, la representación de la Hermandad de la Macarena entre los que se encontraba un alumno suyo, el uso de tinta de distinto color escogiendo la verde, son retazos, a su vez, de unas de sus vivencias más entrañables.

Del transcurrir de sus años en la Hermandad D. Pedro Muñoz González también tiene un especial recuerdo de la imposición de la medalla de la Hermandad cuando cumplió los 50 años de hermano, que le fue entregada por el cardenal Bueno Monreal, y del recibimiento del pergamino conmemorativo en ocasión de las bodas de platino de pertenencia a la corporación.

Suma a sus recuerdos vivencias más actuales, cuando en este año 2020 “tan difícil y complicado para todo el mundo”, se encontraba confinado en casa debido a las medidas por la pandemia y sufrió una caída fracturándose la cadera. Por esta causa ingresó en el Hospital Virgen del Rocío donde debían realizarle una intervención. Sobre esos días de postración y aislamiento, D. Pedro rememora que “estando en observación, sin audifonos y sin ninguna cara conocida, se me acercó un médico y simplemente me dijo: “Soy el capataz de la Macarena y vengo a ver cómo se encuentra. Ese momento, de mi más absoluta soledad, con solo oír el nombre de mi Virgen, hizo que me diera fuerzas para afrontar la operación y mi posterior y satisfactoria recuperación”. Sobre esta convalecencia, manifiesta su agradecimiento al Hermano Mayor por la visita que le hizo en su casa, “para interesarse por mi estado de salud y para felicitar me con motivo de mis 100 años y traerme unos preciosos obsequios”.

Como hombre de este tiempo no deja de sorprenderse por la época que vivimos, las dificultades de la situación social y los cambios radicales que se anuncian, asimismo le inquieta la ausencia de expectativas laborales para la juventud. También le asombra algunos hechos de estos tiempos comentando que “tenemos dos Papas vivos”. En cuanto a las hermandades, teme que las cofradías no puedan salir a la calle tampoco en 2021, pero “siendo positivo y optimista” tiene esperanza que mejorará la situación, como le pasó a él en el Hospital.

D. Pedro Muñoz González le da gracias a Dios por llevar vividos 100 años, aunque siente no poder ya “callejear para ver



los pasos”, y gusta de rodearse de gente joven, entre los que se encuentran los innumerables alumnos que han pasado por sus clases con los que conserva amistad y mantiene habituales tertulias, “el vino es la mejor medicina” comenta.

En estas pobres palabras se ha querido glosar una vida sevillana y macarena plena y exitosa, obra imposible por la calidad y cantidad de experiencias de una persona de enorme valía que se ha abierto a ofrecernos una crónica de sus recuerdos de la hermandad de la Macarena, quedando para nuestro n.º 1 las últimas palabras en este relato:

“Como última cosa, pido a la Bendita Madre de la Esperanza Macarena, que como todos los días rezo en la Salve, que sea digno de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.” ■